

sas huellas, y envió á Violette á buscar al juez de paz de Arcis para examinarlas. Después se volvió inmediatamente al salón del palacio de Gondreville, adonde el teniente y lugarteniente de la gendarmería general llegaban acompañados de cuatro hombres y un sargento. Este teniente era el sargento á quien Francisco había roto dos años antes la cabeza, y ya sabía por Corentín quién había sido el autor de la hazaña. Este hombre, llamado Giguet, cuyo hermano servía en el ejército y llegó á ser uno de los mejores coroneles de artillería, se distinguía por su capacidad como oficial de gendarmes. El lugarteniente, llamado Welff, era aquel gendarme que había llevado á Corentín de Cinq-Cygne al pabellón y del pabellón á Troyes. Por el camino, el parisiense había instruido suficientemente al egipcio acerca de lo que él llamó la pillería de Lorenza y de Michú. Estos dos oficiales tenían que mostrar, pues, y mostraron un gran ardor, contra los habitantes de Cinq-Cygne. Maligno y Grevín, uno por cuenta de otro, habían trabajado juntos en la redacción del Código llamado de brumario del año iv, obra judicial de la Convención titulada nacional y promulgada por el Directorio. De modo que Grevín, que conocía esta legislación á fondo, pudo operar en este asunto con una terrible celeridad, si bien bajo la presunción, llegada al estado de certidumbre, de la criminalidad de Michú, de los señores de Simeuse y de Hauteserre. A no ser algunos viejos magistrados, nadie recuerda hoy la organización de aquella justicia que Napoleón derribaba precisamente entonces con sus códigos y con la institución de la magistratura que rige ahora en Francia.

El código de brumario del año iv reservaba al director del jurado del departamento la persecución inmediata del delito cometido en Gondreville. De paso, no olvidéis que la Convención había desterrado del lenguaje judicial la palabra crimen. No admitía más que delitos contra la ley y delitos penados con multas, prisión y penas infamantes ó alictivas. La muerte era una pena alictiva. No obstante, la pena alictiva de la muerte debía ser suprimida en tiempo de paz y reemplazada por veinticuatro años de trabajos forzados. La

Convención estimaba que veinticuatro años de trabajos forzados igualaban á la muerte. ¿Qué decir entonces del Código penal, que admite la pena de trabajos forzados á perpetuidad? La organización preparada á la sazón por el consejo de Estado de Napoleón, suprimía la magistratura de los directores del jurado, que asumían en efecto enormes poderes. Respecto á la persecución de los delitos y á la acusación, el director del jurado era, en cierto modo y todo á la vez, agente de policía judicial, procurador del rey, juez de instrucción y Audiencia real. Su procedimiento y su acusación estaban sometidos únicamente al visto bueno de un comisario ejecutivo y al veredicto de ocho jurados, á los cuales exponía los hechos de su instrucción y los que oían á los testigos, á los acusados, y pronunciaban un primer veredicto llamado de acusación. El director tenía que ejercer sobre los jurados, reunidos en su despacho, una influencia tal, que no podían ser más que sus cooperadores. Estos jurados constituían el jurado de acusación. Existían otros jurados para componer el jurado anexo al tribunal criminal encargado de juzgar á los acusados. Por oposición á los jurados de acusación, aquéllos se llamaban jurados de juicio. El tribunal de lo criminal, al que Napoleón acababa de dar el nombre de Audiencia de lo criminal, se componía de un presidente, de cuatro jueces, del acusador público y de un comisario del gobierno. No obstante, de 1799 á 1806, existieron Audiencias llamadas especiales, que juzgaban sin jurados ciertos delitos en ciertos departamentos y que estaban compuestas por jueces salidos del tribunal civil, que se constituía en Audiencia especial. Este conflicto de la justicia especial y de la justicia criminal originaba cuestiones de competencia, que juzgaba el tribunal de casación. Si el departamento del Aube hubiese tenido su Audiencia especial, el atentado cometido contra un senador del Imperio le hubiese sido sin duda conferido; pero este tranquilo departamento estaba exento de este poder excepcional. Grevín envió, pues, á buscar al director del jurado de Troyes, encargando esta comisión al lugarteniente, el cual se fué allá al galope y volvió á Gondreville llevando en coche á aquel magistrado casi soberano.

El director del jurado de Troyes era un antiguo lugarteniente de bailía, antiguo secretario con sueldo de uno de los comités de la Convención, amigo de Maligno, y colocado por éste. Este magistrado, llamado Lechesneau, verdadero patricio de la antigua justicia criminal, había ayudado mucho á Maligno en sus trabajos judiciales en la Convención. Así es que Maligno lo recomendó á Cambaceres, el cual lo nombró procurador general en Italia. Desgraciadamente para su carrera, Lechesneau tuvo relaciones con una gran dama de Turín, y Napoleón se vió obligado á destituirle para librarle de un proceso correccional intentado por el marido con motivo de la substracción de un hijo adulterino. Debiéndoselo todo á Maligno y adivinando la importancia de semejante atentado, Lechesneau se había llevado consigo al capitán de gendarmes con un piquete de doce hombres.

Antes de partir había tenido una entrevista con el prefecto, el cual, como era de noche, no pudo servirse del telégrafo y envió á París un correo á fin de prevenir de aquel crimen inaudito al ministro de policía, al gran juez y al Emperador. Lechesneau encontró en el salón de Gondreville á las señoras Marión y Grevín, á Violette, al ayuda de cámara del senador y al juez de paz asistido de su escribano. En el castillo se habían practicado ya algunas pesquisas. El juez de paz, ayudado por Grevín, recogía cuidadosamente los primeros elementos de la instrucción. El magistrado quedó muy sorprendido de las combinaciones profundas que revelaban la elección del día y de la hora. La hora impedía buscar inmediatamente indicios y pruebas. En esta estación, á las cinco y media, momento en que Violette hubiese podido seguir á los delincuentes, era ya casi de noche; y para los malhechores, la noche es á veces la impunidad. Escoger un día de fiesta y regocijo en que todo el mundo iría á ver la mascarada de Arcís y en que el senador debía encontrarse solo en su casa ¿no equivalía á evitar testigos?

—Hagamos justicia á los agentes de la prefectura de policía, dijo Lechesneau. No han cesado de ponernos en guardia contra los nobles de Cinq-Cygne y nos han dicho siempre que tarde ó temprano harían alguna de las suyas.

Vista la actividad del prefecto del Aube, que envió correos á todas las prefecturas que rodeaban á la de Troyes para que siguiesen las huellas de cinco hombres enmascarados y del senador, Lechesneau empezó por establecer las bases de su instrucción. Con dos cabezas judiciales como las de Grevín y el juez de paz, este trabajo quedó hecho inmediatamente. El juez de paz, llamado Pigoult, antiguo primer pasante del estudio en que Maligno y Grevín habían estudiado la trampa en París, fué nombrado presidente del tribunal de Arcís tres meses después. Por lo que concernía á Michú, Lechesneau conocía las amenazas precedentemente hechas por este hombre al señor Marión y la acechanza de que había escapado el senador en su parque. Estos dos hechos, consecuencia uno de otro, debían ser las premisas del atentado actual, y designaban tanto mejor al antiguo guarda como jefe de los malhechores, por cuanto que Grevín, su mujer, Violette y la señora Marión declaraban haber reconocido entre los cinco enmascarados á un hombre enteramente igual que Michú. El color de los cabellos, el de las patillas y su forma rechoncha hacían su disfraz casi inútil. Por otra parte, ¿quién más que Michú hubiera podido abrir la reja de Cinq-Cygne con una llave? El guarda y su mujer, al volver y ser interrogados, declararon haber cerrado las dos verjas con llave. Las verjas, examinadas por el juez de paz, asistido del guarda campestre y de su escribano, no ofrecían huella alguna de haber sido forzadas.

—Cuando lo despedimos, se había guardado las llaves dobles del palacio, dijo Grevín. Pero debe haber meditado alguna acción desesperada, pues hace veinte días que vendió todos sus bienes y ayer recibió su importe en mi despacho.

—Habrán echado sobre él toda la carga, exclamó Lechesneau, contrariado por esta circunstancia. Indudablemente, es un malvado por cuenta ajena.

¿Quién mejor que los señores de Simeuse y de Hauteserre podían conocer las cosas del palacio? Ninguno de los salteadores se había engañado en sus investigaciones; habían andado por todas partes con una seguridad que probaba que la tropa sabía bien lo que quería, y sobre todo que sabía

bien dónde tenía que ir á cogerlo. Ninguno de los armarios que habían quedado abiertos había sido forzado. De modo que los delincuentes debían tener las llaves; y, ¡cosa rara! no se habían permitido estropear ni llevarse nada. No se trataba, pues, de un robo. Finalmente, Violette, después de haber reconocido los caballos del castillo de Cinq-Cygne, había encontrado á la condesa emboscada delante del pabellón del guarda. De este conjunto de hechos y de declaraciones resultaban, para la justicia menos avisada, sospechas de culpabilidad respecto á los señores de Simeuse, de Hauteserre y Michú, las cuales sospechas degeneraban en certidumbre para un director del jurado. Ahora bien: ¿qué querían hacer del futuro conde de Gondreville? ¿Forzarle á una retrocesión de su tierra, para cuya adquisición decía tener capitales el administrador, desde 1799? Aquí todo cambiaba de aspecto.

El sabio criminalista se preguntaba cuál podía ser el objeto de las investigaciones hechas en el palacio. Si se hubiese tratado de una venganza, los delincuentes hubiesen podido matar á Maligno. Quién sabe si el senador estaría ya muerto y enterrado. Su desaparición acusaba desde luego un secuestro. ¿Y para qué el secuestro, después de las investigaciones llevadas á cabo en el palacio? Indudablemente que era una locura creer que el secuestro de un dignatario del poder había de permanecer mucho tiempo en secreto. La rápida publicidad que debía tener este atentado anulaba sus beneficios.

A estas objeciones, Pigoult respondió que la justicia no podía nunca adivinar todos los motivos porque obraban los desalmados. En todos los procesos criminales existían partes oscuras del juez al criminal y del criminal al juez; la conciencia tenía abismos en que el entendimiento humano no penetraba, á no ser por confesión propia de los culpables.

Grevín y Lechesneau hicieron con la cabeza un movimiento de asentimiento, sin quitar por eso los ojos de aquellas tinieblas que trataban de investigar.

—Y sin embargo, el Emperador les ha indultado, dijo Pigoult á Grevín y á la señora Marión. Les ha borrado de

la lista de los emigrados, á pesar de que tomaron parte en la última conspiración tramada contra él.

Sin más tardanza, Lechesneau envió á todos los gendarmes al bosque y al valle de Cinq-Cygne, haciendo que el juez de paz fuese acompañado por Giguët, el cual, según rezaba el Código, se constituyó en oficial auxiliar de policía judicial; le encargó que recogiese en el distrito de Cinq-Cygne los elementos de instrucción, que procediese, en caso de necesidad, ó hacer interrogatorios, y, para mayor diligencia, dictó y firmó en el acto la orden de prisión de Michú, sobre quien parecían recaer evidentemente los cargos. Después de la marcha de los gendarmes y del juez de paz, Lechesneau emprendió el importante trabajo de extender las órdenes de prisión de los señores de Hauteserre y de Simeuse. Según el Código, estas órdenes debían contener todos los cargos que pesaban sobre los delincuentes. Giguët y el juez de paz se trasladaron tan rápidamente á Cinq-Cygne, que aun encontraron á los criados del castillo que volvían de Troyes. Detenidos y conducidos éstos á casa del alcalde, donde fueron interrogados, todos, ignorando la importancia de esta respuesta, dijeron sencillamente que habían recibido la víspera permiso para ir durante todo el día á Troyes. A una pregunta hecha por el juez de paz, respondieron también todos que la señorita les había propuesto aquel día de asueto y distracción sin que ellos lo hubiesen solicitado. Estas declaraciones parecieron tan graves al juez de paz, que envió al egipcio á Gondreville á rogar al señor Lechesneau que fuese á proceder en persona al arresto de los hidalgos de Cinq-Cygne, á fin de operar simultáneamente, pues él se trasladaba á la quinta de Michú para sorprender al pretendido jefe de los malhechores. Estos nuevos elementos parecieron tan decisivos, que Lechesneau partió inmediatamente para Cinq-Cygne, recomendando á Grevín que cuidase de que no desapareciesen las huellas que habían dejado en el parque las herraduras de los caballos. El director del jurado sabía el gran placer que causaría en Troyes su procedimiento contra antiguos nobles, enemigos del pueblo, y que habían pasado á ser enemigos del Empe-

rador. En tal disposición, un magistrado toma sencillamente las simples sospechas por pruebas evidentes. Sin embargo, mientras iba de Gondreville á Cinq-Cygne en el propio coche del senador, Lechesneau, que indudablemente hubiera sido un gran magistrado sin la pasión á que debió su desgracia, pues el Emperador se hizo gazmoño, encontró la audacia de los jóvenes y de Michú muy loca y poco en armonía con la manera de ser de la señorita de Cinq-Cygne. Creyó en su interior que no eran sus intenciones arrancar al senador una retrocesión de Gondreville. En todo, hasta en la magistratura, existe lo que puede llamarse la conciencia del oficio. Las dudas de Lechesneau resultaban de esa conciencia que todo hombre pone en el cumplimiento de los deberes que le son gratos y que los sabios emplean en la ciencia, los artistas en el arte y los jueces en la justicia. Por eso sin duda ofrecen los jueces más garantías que los jurados á los acusados. El magistrado no se guía más que por las leyes de la razón, mientras que el jurado se deja llevar de los arrebatos del sentimiento. El director del jurado se hizo á sí mismo varias preguntas proponiéndose buscar en ellas soluciones satisfactorias para el arresto de los delincuentes. Aunque la noticia del secuestro de Maligno agitaba ya á la villa de Troyes, á las ocho se ignoraba aún en Arcis, donde todo el mundo estaba cuando fueron á buscar allí á los gendarmes y al juez de paz; finalmente, nadie lo sabía en Cinq-Cygne, cuyo valle y castillo eran cercados por segunda vez, aunque esta lo era por la justicia y no por la policía: las transacciones posibles con la una son á veces imposibles con la otra.

Lorenza no había tenido más que decir á Marta, á Catalina y á los Durieu que permaneciesen en el castillo sin salir ni mirar afuera, para ser obedecida estrictamente por ellos. En cada viaje, los caballos se habían quedado en el caminito que empezaba en la brecha, y de allí, Roberto y Michú, los más robustos de la tropa, pudieron transportar secretamente los sacos á una bodega situada debajo de la escalera de la torre llamada de la señorita. Al llegar al castillo, á eso de las cinco y media, los cuatro hidalgos y Mi-

chú se pusieron inmediatamente á enterrar el oro. Lorenza y los Hauteserre juzgaron conveniente tapar la bodega. Michú se encargó de esta operación ayudado por Gothard, que corrió á la quinta á buscar algunos sacos de yeso que habían quedado de obras anteriores, y Marta volvió á su habitación para dar secretamente dichos sacos á Gothard. La quinta construída por Michú estaba situada en la eminencia desde la que había visto en otro tiempo á los gendarmes, y se iba á ella por el caminito de la brecha. Michú, que sentía ya hambre, se dió tanta prisa, que á las siete y media había acabado su trabajo. Volvió á su casa con ligereza á fin de impedir que Gothard cargase con otro saco de yeso que creyó que había de necesitar. Su quinta estaba ya cercada por el guarda campestre de Cinq-Cygne, por el juez de paz, por el escribano y por tres gendarmes que se escondieron al oírle venir.

Michú encontró á Gothard con un saco al hombro y le dijo de lejos:

—Ya está acabado, pequeño, déjalo y quédate á cenar conmigo.

Michú, con la frente inundada de sudor y los vestidos llenos de yeso y del barro de las piedras cogidas entre los escombros de la brecha, entró muy contento en la cocina de su quinta, donde la madre de Marta y Marta le esperaban para cenar.

En el momento que Michú daba la vuelta á la llave de la fuente para lavarse las manos, se presentó el juez de paz acompañado de su escribano y del guarda campestre.

—¿Qué me quiere usted, señor Pigoul? le preguntó Michú.

—¡En nombre del Emperador y de la ley, dese usted preso! dijo el juez de paz.

Los tres gendarmes aparecieron al mismo tiempo llevándose á Gothard. Al ver los sombreros bordados, Marta y su madre cambiaron una mirada de terror.

—Hombre, ¿y por qué? preguntó sentándose á la mesa y diciéndole á su mujer: Sírveme, que me muero de hambre.

—Usted lo sabe tan bien como nosotros, dijo el juez de

paz que hizo seña á su escribano de que empezara el proceso verbal, después de haber enseñado á Michú la orden de arresto.

—Y bien, ¿te asustas, Gothard? ¿Quieres comer, sí ó no? dijo Michú. Ven y deja que estos escriban lo que quieran.

—¿Reconoce usted el estado en que se encuentran sus vestidos? dijo el juez de paz. ¿Niega usted las palabras que dijo á Gothard en el corral?

Michú, servido por su mujer, que estaba admirada de su sangre fría, comía con la avidez que da el hambre, y no respondió: tenía la boca llena y el corazón tranquilo. El apetito de Gothard quedó interrumpido por un horrible miedo.

—Veamos, dijo el guarda campestre al oído á Michú, ¿qué han hecho ustedes del senador? A juzgar por lo que dicen los magistrados, os va en ello la vida.

—¡Ah! ¡Dios mío! gritó Marta que sorprendió estas últimas palabras, y cayó como herida por un rayo.

—¿Nos habrá jugado alguna Violette? exclamó Michú acordándose de las palabras de Lorenza.

—¡Ah! ¿de modo que sabe usted que Violette les ha visto? dijo el juez de paz.

Michú se mordió los labios y resolvió no decir ya ni una palabra. Gothard imitó esta conducta.

Al ver la inutilidad de sus esfuerzos para hacerlos hablar, y conociendo además lo que se llamaba en el país la perversidad de Michú, el juez de paz ordenó que le atasen las manos, lo mismo que á Gothard, y que llevasen á ambos al castillo de Cinq-Cygne, adonde se dirigió él para unirse con el director del jurado.

Los hidalgos y Lorenza tenían demasiado apetito, y la comida les ofrecía un interés demasiado grande para que la retardasen yendo á mudarse de ropa. Se fueron, pues, ella con la amazona y ellos con pantalones de piel blanca, botas de montar y chaqueta de paño verde, á buscar al salón á los señores de Hauteserre, que estaban bastante inquietos. El buen hombre había observado las idas y venidas y sobre todo la desconfianza de que había sido objeto, pues Lorenza no había podido someterlo á la consigna de los criados.

Así es que, en un momento en que uno de sus hijos evadió una respuesta retirándose, fué á decirle á su mujer:

—Mucho temo que Lorenza nos dé un nuevo disgusto.

—¿Qué especie de caza ha hecho usted hoy? preguntó la señora de Hauteserre á Lorenza.

—¡Ah! algún día sabrá usted la trastada que le hemos hecho en compañía de sus hijos, respondió ella riéndose.

Aunque dichas en tono de broma, estas palabras hicieron estremecer á la anciana. Catalina anunció la comida. Lorenza dió el brazo á los señores de Hauteserre y sonrió de la picardía que hacía á sus primos, obligando á uno de ellos á ofrecer su brazo á la anciana dama, transformada en oráculo por convenio mutuo.

El marqués de Simeuse condujo á la señora de Hauteserre á la mesa. La situación se hizo entonces tan solemne, que, acabado el *Benedicite*, Lorenza y sus dos primos experimentaron violentos latidos de corazón. La señora de Hauteserre, que hacía los platos, quedó admirada de la ansiedad que expresaban las caras de los dos Simeuse y de la alteración que ofrecía el afligido rostro de Lorenza.

—¿Pero ha pasado algo extraordinario? exclamó mirándoles á todos.

—¿A quién habla? dijo Lorenza.

—A todos, respondió la anciana.

—Respecto á mí, mamá, dijo Roberto, tengo un hambre de lobo.

La señora de Hauteserre, que seguía turbada, ofreció al marqués de Simeuse un plato que destinaba al menor.

—Hago como vuestra madre, me engaño siempre, á pesar de vuestras corbatas. Creía servir á su hermano de usted, le dijo ella.

—Pues le sirve mejor de lo que se figura, dijo el menor palideciendo. Hele ya conde de Cinq-Cygne.

Aquel pobre muchacho, tan contento antes, se puso triste para siempre; pero sacó fuerzas de flaqueza para mirar á Lorenza sonriendo y para comprimir sus mortales desazones. En un instante, el amante quedó convertido en hermano.

—¡Cómo! ¿ha elegido ya la condesa? exclamó la anciana.

—No, dijo Lorenza. Hemos dejado obrar á la suerte, y usted era su instrumento.

Y le contó el convenio que se había hecho por la mañana. El mayor de los Simeuse, que veía aumentar la palidez del rostro de su hermano, sentía á cada instante necesidad de decirle:

—¡Cásate con ella y yo iré á morir!

En el momento en que se servían los postres, los habitantes de Cinq-Cygne oyeron llamar á la ventana del comedor que daba al jardín. El mayor de los Hauteserre, que fué á abrirla, dió paso al cura, cuyo pantalón se había desgarrado al escalar los muros del parque.

—¡Huid, que vienen á prenderos!

—¿Por qué?

—No lo sé aún, pero sé que vienen contra ustedes.

Estas palabras fueron acogidas con una carcajada general.

—¡Somos inocentes! exclamaron los cuatro hidalgos.

—Inocentes ó culpables, dijo el cura, monten ustedes á caballo y logren ganar la frontera. Desde allí podrán probar igualmente su inocencia. Se puede salir libre de una condena en rebeldía, pero es imposible salir libre de una condena preparada por las pasiones populares y por las preocupaciones. Acuérdense de las palabras del presidente Harlay: «Si me acusasen de haber robado las torres de Notre-Dame, empezaría por huir.»

—¿Pero huir no equivale á confesarse culpable? dijo el marqués de Simeuse.

—No huyan ustedes, dijo Lorenza.

—¡Siempre con sus sublimes tonterías! dijo el cura desesperado. Si yo tuviese el poder de Dios, les sacaría á ustedes de aquí. Pero si me encuentran aquí en este estado, también me alcanzará á mí esta singular visita: voime, pues, por donde he venido. Piénsenlo ustedes, que aún es tiempo. La justicia no ha pensado en la pared medianera del presbiterio y están cercados ustedes por todas partes.

El ruido de los pasos de una multitud y el de los sables de la gendarmería resonó en el patio y se sintió en el comedor algunos instantes después de haberse marchado el noble

cura, que no logró con sus consejos más de lo que había logrado con los suyos el marqués de Chargebœuf.

—Nuestra existencia común, dijo melancólicamente el menor de los Simeuse á Lorenza, es una monstruosidad, y nosotros experimentamos un monstruoso amor. Esta monstruosidad se ha apoderado de vuestro corazón. Sin duda, porque las leyes de la naturaleza se ven contrariadas en ellos, es por lo que todos los hermanos gemelos, cuya historia conocemos, han sido desgraciados. Por lo que afecta á nosotros, ya ve usted con qué persistencia nos persigue la suerte. He aquí su decisión fatalmente retrasada.

Lorenza estaba pasmada y oyó como un zumbido las siguientes palabras, siniestras para ella, pronunciadas por el director del jurado:

—¡En nombre del Emperador y de la ley, detengo á los señores Pablo María y María Pablo Simeuse y Adriano y Roberto de Heuteserre! Estos señores, añadió señalando á los que le acompañaban las huellas de barro que llevaban los detenidos en las ropas, no negarán que han pasado una parte del día á caballo.

—¿De qué se les acusa? preguntó arrogantemente la señorita de Cinq-Cygne.

—¿Y no detiene usted á la señorita? dijo Giguet.

—La dejo en libertad, bajo fianza, hasta que se haya hecho un examen más detenido de los cargos que resultan contra ella.

Goulard se ofreció á salir fiador, pidiendo sencillamente á la condesa su palabra de honor de que no se escaparía. Lorenza anonadó al antiguo piquero de la casa de Simeuse con una mirada llena de orgullo y de desprecio, que convirtió á aquel hombre en un enemigo mortal suyo; y de sus ojos brotó una de esas lágrimas de rabia que anuncian un infierno de dolores. Los cuatro hidalgos cambiaron una mirada terrible y permanecieron inmóviles. Los señores de Hauteserre, temiendo haber sido engañados por los cuatro jóvenes y por Lorenza, estaban en un estado indecible de estupor. Clavados en sus sofás, aquellos padres, que veían que los arrancaban á sus hijos después de haber temido tanto

por ellos y de haberlos reconquistado, miraban sin ver y escuchaban sin oír.

—Señor de Hauteserre, ¿tendré necesidad de suplicar á usted que me afiance? dijo Lorenza á su antiguo tutor, que fué sacado de su estupor por estas palabras, claras y desgarradoras para él como el sonido de la trompeta del juicio final.

El anciano se enjugó las lágrimas que asomaban á sus ojos y dijo á la condesa con voz débil:

—Dispéñseme, condesa; ya sabe usted que le pertenezco en cuerpo y alma.

Lechesneau, sorprendido en un principio al ver la tranquilidad de aquellos culpables que cenaban, volvió á creer en su culpabilidad cuando vió el estupor de los padres y el aire pensativo de Lorenza, que procuraba adivinar el lazo que se les había tendido.

—Señores, dijo con mucha cortesía; están ustedes demasiado bien educados para hacer una resistencia inútil; síganme, pues, los cuatro á las cuadras, donde es preciso quitar en presencia de ustedes las herraduras á los caballos, que serán piezas importantes en el proceso, y demostrarán acaso vuestra inocencia ó vuestra culpabilidad... Venga usted también, señorita.

El veterinario herrador de Cinq-Cygne y su criado habían sido citados por Lechesneau para que compareciesen en el castillo en calidad de peritos. Mientras que se hacía esta operación en las cuadras, el juez de paz llegó con Gothard y Michú. La operación de quitar las herraduras á los caballos y de marcar y reunir las correspondientes á cada uno, á fin de proceder á su confrontación con las huellas dejadas en el parque por los caballos de los autores del atentado, llevó algún tiempo. No obstante, Lechesneau, advertido de la llegada de Pigoult, dejó á los acusados con los gendarmes y se fué al comedor para dictar el proceso verbal. Allí, el juez de paz le mostró el estado de las ropas de Michú, contándole las demás circunstancias del arresto.

—Habrán matado al senador y lo habrán emparedado, dijo Pigoult á Lechesneau.

—Ahora, mucho me lo temo, respondió el magistrado. ¿Adónde has llevado el yeso? le preguntó á Gothard.

Gothard empezó á llorar.

—La justicia le da miedo, dijo Michú cuyos ojos lanzaban llamas como los del león cogido en un lazo.

Todos los criados del castillo retenidos en casa del alcalde llegaron entonces, llenaron la antesala en que Catalina y los Durieu lloraban y les comunicaron la importancia de las declaraciones que habían hecho. A todas las preguntas del director y del juez de paz, Gothard respondió con sollozos, y, llorando, acabó por sufrir un ataque convulsivo, que les asustó y les obligó á dejarlo. Al ver que ya no se fijaban en él, el astuto muchacho miró á Michú sonriéndose, y Michú aprobó su conducta con una mirada. Lechesneau dejó al juez para ir á rogar á los peritos que se diesen prisa.

—Caballero, dijo por fin la señora de Hauteserre dirigiéndose á Pigoult, ¿puede usted explicarnos la causa de esta detención?

—Estos señores están acusados de haberse apoderado del senador á mano armada y de haberlo secuestrado; pues, á pesar de las apariencias, suponemos que no lo habrán matado.

—¿En qué pena incurren los autores de ese crimen? preguntó el padre de los Hauteserre.

—Pues, como que siguen rigiendo las leyes, que no han sido derogadas por el Código actual, incurren en la pena de muerte, repuso el juez de paz.

—¡Pena de muerte! exclamó la señora de Hauteserre desmayándose.

El cura se presentó en este momento con su hermana, la cual llamó á Catalina y á Durieu.

—¡Pero si ni siquiera hemos visto al senador! exclamó Michú.

—La señora Marión, los esposos Grevín, el ayuda de cámara del senador y Violette, no pueden decir otro tanto de usted, respondió Pigoult con la amarga sonrisa del magistrado convencido.

—No comprendo ni una palabra de todo esto, dijo Michú,

á quien esta contestación llenó de estupor y que empezó desde entonces á creerse envuelto en alguna trama urdida contra ellos.

En este momento todo el mundo volvió de las cuadras, y Lorenza acudió á prestar auxilio á la señora de Hauteserre, que no tardó en recobrar los sentidos y decirle:

—¡Tienen pena de muerte!

—¿Pena de muerte?... repitió Lorenza mirando á los cuatro hidalgos.

Esta palabra llenó á todos de espanto, y Giguet, como hombre instruído por Corentín, supo aprovecharse de él.

—Todo puede arreglarse aún, dijo llevándose al marqués de Simeuse á un rincón del comedor. ¿Es esto una broma? ¡Qué diablo! Usted ha sido militar y entre soldados es fácil entenderse. ¿Qué han hecho ustedes del senador? Si le han matado, no hay nada que hacer; pero si no han hecho más que secuestrarle, devuélvannoslo, pues ya ven que la cosa ha salido mal. Estoy seguro que el director del jurado, de acuerdo con el senador, procurará que no se les persiga á ustedes.

—No comprendo ninguna de sus preguntas, dijo el marqués de Simeuse.

—Si se pone usted en ese terreno, el asunto irá lejos, dijo el lugarteniente.

—Querida prima, dijo el marqués de Simeuse; van á prendernos, pero no se inquiete usted; volveremos dentro de algunas horas, pues para mí es indudable que hay en este asunto algunos errores, que no tardarán en desvanecerse.

—Señores, lo celebraría mucho, dijo el magistrado haciendo una seña á Giguet para que se llevase á los cuatro hidalgos, á Gothard y á Michú. No los lleve usted á Troyes; téngalos en el cuartel de Arcís, porque mañana al amanecer deben estar presentes para llevar á cabo la confrontación de las herraduras de sus caballos con las huellas dejadas en el parque.

Lechesneau y Pigoult no se marcharon hasta después de haber interrogado á Catalina, á los señores de Hauteserre y á Lorenza. Los Durieu, Catalina y Marta declararon que no

habían visto á sus amos hasta la hora de cenar; el señor de Hauteserre declaró que los había visto á las tres de la tarde.

Cuando, á las doce de la noche, se vió Lorenza entre los señores de Hauteserre, el abate Goujet y su hermana, y sin los cuatro jóvenes, que hacía ya diez y ocho meses eran la vida de aquel castillo, su amor y su alegría, guardó largo rato un silencio que nadie se atrevió á interrumpir. Jamás afición alguna fué más profunda y completa. Por fin, en medio de aquel silencio, se oyó un suspiro, y todo el mundo se volvió para ver de dónde había partido: Marta, olvidada en un rincón, se levantó diciendo:

—Señora, ¡la muerte!... nos los matarán, á pesar de su inocencia.

—¿Qué tiene usted? dijo el cura.

Lorenza salió sin responder. Necesitaba estar sola para recobrar sus fuerzas, en medio de aquel imprevisto desastre.

CAPÍTULO III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UN PROCESO POLÍTICO BAJO EL IMPERIO

"MELARSO REYES"
1906. 2828 MONTERREY, MEXICO

Después de treinta y cuatro años, durante los cuales se han hecho tres grandes revoluciones, sólo los ancianos pueden acordarse hoy del inaudito clamoreo producido en Europa por el secuestro de un senador del Imperio francés. A no ser el de Trumeaux, el abacero de la plaza de San Miguel, y el de la viuda Morin, bajo el Imperio, los de Fualdes y de Castaing, bajo la Restauración, y los de la señora Lafarge y Fieschi, bajo el gobierno actual, ningún proceso iguala en interés y curiosidad al de los jóvenes acusados del secuestro de Maligno. Semejante atentado contra un miembro de su Senado, excitó la cólera del Emperador, á quien se comunicó la prisión de los delincuentes y el resultado negativo de las pesquisas casi al mismo tiempo que la perpetración del delito. Registrado el bosque y recorrido el Aube y los departamen-